



Vol. 2 - Nº 2 – 2002

Suplemento 2

Depósito Legal: C-2282/2001 ; ISSN: 1579-1963

BASES PARA UNA EDUCACIÓN IGUALITARIA: LA CRÍTICA AL MODELO ANDROCÉNTRICO

Amparo Moreno Sardá

*Catedrática de Historia de la Comunicación
de la Universidad Autónoma de Barcelona*

El pensamiento académico es un instrumento para perpetuar el dominio del mundo, y ante ello oímos hablar de 'sexismo y educación'. Me gusta que se plantee esta temática porque creo que son cuestiones fundamentales, y esta relación entre sexismo, educación, salud, convivencia, paz... me parece absolutamente crucial en la vida personal y en la historia colectiva.

Androcentrismo versus sexismo

De todos modos empezaré aclarando que a mí la palabra 'sexismo' no me gusta porque creo que es una palabra que sólo nos permite abordar uno de los aspectos de este conjunto de cuestiones que hacen que nuestra sociedad sea belicista, y en lugar de hablar de sexismo, hace muchos años que decidí que preferiría hablar de ANDROCENTRISMO.

Sexismo implica centrar la atención en la discriminación por razón de sexo y habitualmente nos lleva a hablar del problema de la mujer, porque se supone que es la que hace el papel de sometida, mientras que en contrapartida el hombre haría el papel de dominador. Sin embargo, androcentrismo desplaza la cuestión hacia el 'andros', el 'aner, andros', que no es el hombre en general, no es el ser humano de sexo masculino, sino que es un modelo particular de comportamiento humano, un modelo definido en términos masculinos, adultos y que se les inculca a los chicos, porque se les dice: "harás la mili y te harás hombre"; es, pues, el modelo de ser hombre en un sentido fuerte, en un sentido de pre-potencia viril; y centrismo hace referencia al centro, que es

nada más que una construcción imaginaria para justificar a quién se sitúa en el centro para legitimarse como ser superior y con derecho a mandar y a dominar. Por tanto, androcentrismo implica, en primer lugar, a un modo particular de masculinidad, e, inmediatamente, a cómo ese modelo particular tiene que ver con una construcción de un orden jerárquico, de un orden centralizado que se presenta como superior, justamente para justificarse en esa relación de poder.

Esto para ir jugando con las palabras: realmente yo quería que hiciéramos un juego de pensar, de pensar y re-pensar lo que hemos aprendido a repetir tantas veces, porque yo creo que hoy en día, en que la información es tan desbordante, llega un momento que es mucho más necesario encontrar pistas que nos permitan re-conocer lo que vivimos, que no incrementar nuestros conocimientos, que a veces no nos llevará a ninguna parte, y así seguimos con un despiste tremendo sin saber donde estamos.

Crítica al pensamiento académico como instrumento para perpetuar el dominio del mundo

Para que se vaya viendo de una forma más clara esta diferencia entre sexismo y androcentrismo, explicaré brevemente el proceso personal que yo seguí hasta hacer la crítica al pensamiento académico o, también podemos decir, pensamiento lógico-científico, aunque normalmente el personal se enfada mucho si criticas lo científico, pero no importa, podemos

decir académico, racionalidad, me es igual; lo que quiero decir es que hay que dismantelar, hay que llegar al fondo de esa forma de pensar y explicar el mundo que solemos identificar como racional y como lógica, comprensible, y como objetiva, para poder encontrar las claves que nos permitan ese reconocimiento del mundo en el que estamos viviendo; al menos éste es el proceso que yo he seguido y que os explicaré aquí, que me gustaría compartir y debatir.

Yo tuve relaciones con el movimiento feminista desde los inicios, a mediados de los años 70, y sin embargo un día, en un principio de curso, al exponer mi programa de Historia en la clase, se levantó una alumna y me dijo que el programa le parecía bien, pero que era “tan machista como todos los de esta casa”. Entonces no caí en la cuenta de que la historia que yo había estudiado y la historia que estaba explicando era una explicación de la vida social donde yo no existía. Aquella llamada de atención me hizo replantearme cómo podía ser que yo estuviera elaborando una explicación sobre la vida social, que además yo pensaba que me servía para entender el mundo en el que vivía, porque yo primero había estudiado una historia positivista y épica, que me aburría muchísimo y que no me interesaba lo más mínimo, pero con el tiempo había ido entrando en el análisis marxista de la historia y en esa propuesta de la escuela de Vicens Vives y de toda la gente que fué innovando la historia a partir de los años 60-70, y cuyo propósito era que la historia tenía que servir para comprender el presente. Por tanto, partía de una explicación de la historia que me vinculaba con determinados planteamientos políticos y me daba pistas para comprender mi presente; pero cuando esta alumna me llamó la atención y me hizo ver que yo no existía en esa historia, se reforzó una contradicción que yo vivía de una forma muy fuerte en aquel momento de transición política, que era la relación entre teoría y práctica, la relación entre ética y política, la relación entre lo que razonamos y las contradicciones que tenemos en el mundo de los sentimientos. Y, dadas las circunstancias -esto fué a finales de los 70, principios de los 80-, no podía plantearme el dedicarme a estudiar Historia de la Mujer, porque además había muy poca cosa entonces. De modo que decidí hacerme fichas y guardar datos de todo lo que yo fuera encontrando sobre las mujeres. Esto me llevó a leer los libros muy despacio con el propósito de anotar lo que se dice de las mujeres. Pero empezaba a leer un libro y, si me interesaba mucho, me plantaba en la página 50 sin acordarme más de las mujeres, hasta que, de

repente, encontraba una frase de aquellas típicas, en la que se decía alguna expresión inferiorizando, menospreciando a las mujeres, y aquello me hacía parar y volver atrás, y pensar “¿aquí se ha dicho algo?, ¿no se ha dicho nada de las mujeres?, ¿de qué hemos estado hablando?”.

Así fué como empecé a cambiar la pregunta. Si durante mis años de estudiante, y después, me había creído que “hombre soy y nada humano me es ajeno”, a partir de aquel momento empecé a descubrir que yo no podía decir aquella frase porque no me sentía en absoluto identificada, porque aquel ‘hombre’ que aparecía como protagonista de la historia y que aparece también como el concepto de hombre en los textos de las ciencias sociales, no era cualquier ser humano, no se podía generalizar a los hombres y a las mujeres, pero ni siquiera se podía generalizar a los hombres, sino que era, lo que después se me ocurrió llamarle, un ARQUETIPO VIRIL. Era un modelo particular de comportamiento humano, que históricamente había sido definido en términos masculinos. Pero no solamente en términos masculinos, porque realmente, a partir de la experiencia, tú tienes tu noción también de como son los hombres, y afortunadamente te encuentras con hombres que no acaban de funcionar así completamente, sino que dejan resquicios a su capacidad humana, o sea, por suerte te encuentras hombres que no funcionan como arquetipos viriles y que, por tanto, son tratables. Se trata, pues, de un determinado modelo de masculinidad que implica un sistema de valores, y eso quería decir que se presenta como natural un sistema de valores cuyos rasgos característicos serían, por una parte, la jerarquización, y por otra, la voluntad de dominar, y de dominar más, la expansión, lo que en términos filosóficos sería la transcendencia.

Esto nos lleva a desplazar la cuestión. Ya no era el problema de la mujer dentro del discurso académico lo que estaba en juego, sino con qué noción de lo humano hemos aprendido a pensar sobre la existencia humana, y cómo puede ser que, además, nos hayamos habituado a pensar sobre la existencia humana considerando natural la jerarquía y el dominio, si yo pensaba que rechazaba la jerarquía y el dominio de unos seres humanos sobre otros.

Si leéis los textos atentamente y repasáis despacio de qué seres humanos se habla, qué es lo que se está valorando positivamente en esos textos, qué es lo que se está menospreciando como negativo, de qué se habla y qué se excluye,

veréis que realmente la noción de lo humano con la que estamos construyendo las ciencias sociales y por tanto el pensamiento político, todo el discurso de la racionalidad pública, está viciado por ese ingrediente básico que es ese modelo de lo humano, que es precisamente el modelo que hemos tenido que aprender a ejecutar, a realizar, a representar para movernos como profesionales en el escenario público. O sea, que ese arquetipo viril, que considera la jerarquía y el dominio expansivo, el tener cada vez más territorio, el pisar antes de que te pisen, es precisamente el modelo que, sin proponérmelo y sin ser consciente, había tenido que aprender a medida que funcionaba como periodista primero, como profesora de universidad después.

Esto me llevaba a una contradicción tremenda entre lo que era mi práctica personal, o por lo menos la práctica personal que más me interesaba, y lo que podría ser la actuación pública. De hecho, si repasamos los textos y los releemos despacio, fijándonos de qué hombre, de qué mujer se habla, qué es lo que se presenta positivamente, de qué se habla negativamente, qué se incluye y qué se excluye al hablar, veremos que, normalmente, desde el pensamiento de las ciencias sociales, lo que se está haciendo es un enfoque sobre la vida social que restringe la percepción a los personajes de las actuaciones públicas, y que, por tanto, corresponde con ese modelo humano, y excluye considerar un par de cuestiones que son fundamentales.

A) En primer lugar, excluye considerar todo lo que transcurre en los espacios privados o domésticos, todo lo que corresponde a nuestras relaciones interpersonales cotidianas. Después podemos aclarar estos términos.

Fijaros que, además, al aprender a ver que ese hombre es el protagonista de la historia, también aprendemos que si no hacemos lo que hace ese hombre, no somos protagonistas de la historia sino seres pasivos, dependientes, con lo cual hay que comportarse como ese hombre para ser alguien, por lo tanto es un modelo que nos incita a asumirlo.

B) Pero no sólo se excluye lo que transcurre en los espacios privados, sino que además, y yo creo que ésta es la falacia más importante al presentarse ese modelo como natural, lo que se naturaliza es el sistema de valores que rige en el escenario público. ¿Y cuál es ese sistema de valores? La jerarquización expansiva: esa voluntad de unos seres humanos de dominar a

otros. Y esto es lo que normalmente sacraliza ese discurso de la racionalidad pública.

Fijaros que, a base de estudiar historia, hemos aprendido que los seres humanos hemos hecho guerras siempre, luego la conclusión tiene que ser: hay que seguir haciendo guerras, forma parte de nuestra existencia. Lo que se está naturalizando, pues, es que esa forma de dominio: unas veces más brutales, más claras, más transparentes, otras veces más sutiles, como sucede con la noción de transcendencia del pensamiento filosófico.

Y al hacer esta crítica, empezamos a encontrar que nuestro campo de visión se abre, porque primero nuestras anteojeras sólo nos dejaban mirar entre ellas, y como sólo enfocábamos el espacio público, sólo veíamos unos protagonistas que son casi exclusivamente hombres; pero en el momento en que abres la visión hasta los espacios domésticos, se tiene una visión en la que caben diversas mujeres y hombres. Y si además tienes en cuenta que hay que abrir la atención a unas relaciones armónicas con los otros colectivos humanos, entonces es cuando de hablar de sexismo pasamos a considerar ese androcentrismo, esa visión restringida desde ese centro, y cuando pasamos ya a unas perspectivas que sean de réplica a ese etnocentrismo, a ese clasismo, a ese mundo adulto y viril, que habíamos cuestionado al principio.

Así, esta crítica nos permite jugar con unos ingredientes que nos habíamos acostumbrado a menospreciar o a no utilizar. Y al abordar ahora una explicación de réplica a esta visión del mundo, podemos jugar con estos ingredientes que, además, nos dan unas pistas bastante fáciles, bastante más sencillas de lo que habíamos aprendido a estudiar. Porque el pensamiento académico es precisamente complejo porque parte de una trampa básica, y como parte de una trampa básica, cuanto más te metes, más te entrampas; normalmente te dicen que no entiendes el mundo porque no has estudiado suficientemente y eso es mentira: cuanto más estudias más repites la trampa y más difícil es salir de ella; es como una fe, y, por tanto, cuanto más repites el catecismo, más te sale la respuesta correspondiente a la pregunta que te hacían y eres más incapaz de pensar las cosas tal como las vives.

Vamos a intentar, pues, jugar con estos ingredientes. Estoy simplificando mucho, después podemos aclararlo, porque verdaderamente hay materia para rato. Pero vamos a pensar algunas cuestiones básicas.

De entrada, cuando un colectivo humano decide dominar a otro y dominarlo para aprovecharse de los recursos que tiene el otro colectivo, lo que hace es obtener un botín: después de la guerra viene el reparto del botín, que es el espectáculo al que estamos asistiendo estos días, todos hemos colaborado y todos queremos parte en el botín. Esto es muy duro, pero es así de duro, no hay otra manera de decirlo, por lo menos para entendernos. El dominio de unos colectivos humanos sobre otros colectivos genera un botín que se reparten los guerreros, y ese botín, esa apropiación de los recursos, es lo que está en la base de lo que consideramos los bienes privados. Ese botín se lo reparten entre el conjunto de guerreros, y lo disfrutan, o bien colectivamente o bien públicamente o bien privatizadamente, estos guerreros junto con sus mujeres y las criaturas de su propio colectivo. Esto nos genera, pues, un sistema de relaciones sociales que está perfectamente estructurado, en primer lugar, a partir de distinguir entre quienes se apropian de los bienes y que se definen a sí mismos como poseedores, y que son quienes poseen, dominan y conquistan el territorio y los recursos y los otros seres humanos; y quienes quedan desposeídos o desposeídas de las posibilidades de existencia. Se genera así una primera noción de clasificación social, que distingue entre los poseedores y los que hemos desposeído, una forma ya de definirnos entre “yo que tengo derecho a...”, a base de decidir que “tú no tienes derecho a...”. Porque para definirme como superior, tengo que definirte como inferior, precisamente porque no es verdad que seas inferior, porque si fuera verdad, yo no tendría que definirme superior a ti. Esta primera clasificación entre poseedores y desposeídos, es fundamentalmente racista o etnocéntrica, y legitima el dominio de unos colectivos sobre otros, y en el momento en que, no solamente hemos expoliado un colectivo de al lado, sino que, además, en lugar de matarlos, queremos que trabajen para nosotros, entonces, el racismo se traduce en clasismo, o sea que el clasismo sería una derivación clarísima de esta primera división que sería racista, etnocéntrica.

Evidentemente, para poder llevar a cabo esta actividad tan interesante, hace falta que el colectivo que practica esa forma de relación con su entorno y con otros seres humanos se distribuya las funciones, y yo creo que la división interna de ese colectivo en razón del sexo y de la edad tiene que ver con la expansión territorial. O sea que el sexismo tiene que ver con la expansión territorial y que es una forma de distribución de funciones dentro de un colectivo que es

fundamentalmente racista, que fundamentalmente se propone dominar otros territorios. Porque de la misma manera que hemos distinguido entre poseedores y desposeídos, como la voluntad de dominar el mundo no es solamente voluntad de dominar más territorio, sino voluntad de dominar más allá del tiempo, o sea, reproducirlo a través de las generaciones, entonces esa clasificación entre poseedores y desposeídos ha de aplicarse a las criaturas, y así se distingue entre herederos y desheredados. Y yo creo que sin un pacto adulto entre las mujeres y los hombres de los colectivos dominantes no se puede practicar la selección entre herederos y desheredados.

Con lo cual, lo que tenemos es un sistema complejo de organización social, donde se articulan distintas divisiones sociales, en razón de la raza, de la clase, del sexo y de la edad. Y la división del sexo y de la edad es una división que jerarquiza internamente al colectivo que se impone sobre otros colectivos dentro de un conjunto complejo de equilibrios y de tensiones, por practicar y por beneficiarse de ese disfrute del botín.

Ya empezamos a tener una interrelación entre lo que es lo privado y lo público: lo privado es el beneficio que se obtiene del saqueo de otros pueblos, del botín; lo público sería el espacio donde se reúnen los jefes, los varones que se apropian privadamente y que componen el ejército e integran el cuerpo político, que planifican las nuevas fases expansivas; y esas nuevas fases expansivas son las que repercuten en esas posibilidades mayores o menores de disfrute privado de los bienes.

Empezamos a tener, pues, un nuevo juego de piezas de este puzzle, que lo podemos ver en su dinámica cuando pensamos que, para dominar a otros colectivos, esta creencia en el dominio es una creencia imparable, una creencia que justifica la estructura social jerarquizada y que al mismo tiempo está exigiendo que no se pare, porque sino, en el momento en que esto se para, se desmonta toda la jerarquía social; por tanto, la dinámica expansiva al mismo tiempo sirve como razón de ser del colectivo, pero al mismo tiempo exige que ese colectivo se transforme constantemente. Por ejemplo, si la gente que ahora está en un aula quisiera dominar todo el edificio de una facultad, haría una distribución de funciones, decidiría quienes se quedan en el aula de control y quienes se desperdigan por el resto del edificio, se distribuirían los papeles y, a lo mejor, la gente que está en el aula podía dominar todo el edificio y

someter al resto de la gente que estuviese por él; pero cuando quisieran ampliarlo -porque su razón de ser es que hay que ampliarlo, y que la transcendencia de hoy y la expansión, justifica la organización que han montado- entonces, para ampliarlo tendrían que ampliar también el colectivo de guerreros y el colectivo de controladores de todo ese tinglado.

¿Y cómo se aumenta ese colectivo? Por una parte, se puede aumentar pariendo más criaturas, por tanto la regulación de la producción de la especie tiene que ver con, en fin, “creced y multiplicaos y dominad el mundo”, si no nos multiplicamos no podemos dominar el mundo, porque somos demasiado poca gente. Además, cuando nos expansionamos se suele morir gente, no como les pasa a algunos, que se les muere muy poca gente, normalmente la gente muere en los combates, y hay que reponer a esa población. Para eso tenemos también los esclavos de las provincias, para rellenar el ejército que se nos estaba quedando un poco vacío. Por tanto, podemos aumentar las criaturas, o podemos, a gente que habíamos esclavizado, hacerla participe de nuestros ideales expansivos; pero como los ideales, normalmente, no acaban de mover al personal completamente, pues cuando ampliamos el colectivo de guerreros que nos hacía falta para la expansión, ampliamos también el reparto del botín, es decir, el número de gente que está disfrutando de esos beneficios.

La dinámica expansiva genera, pues, una transformación social, por medio de la cual, gente que en un momento ha sido desheredada, ha sido desposeída de sus posibilidades, en otro momento tiene que ser incorporada dentro de las relaciones y los conflictos sociales para disfrutar de esos beneficios, porque sino, no participaría también de esa propia dinámica que está impregnando la sociedad.

Cuando ya tenemos estos ingredientes, podemos recomponer nuestro pasado histórico a partir de estas piezas, y pensar que lo privado es lo que se disfruta privadamente del saqueo de otros colectivos, y que, seguramente, a partir de querer ampliar y ampliar el disfrute privado de bienes, impulsamos a nuestros guerreros para que salgan a guerrear y recojan más botín para seguir incrementando nuestro disfrute privado. Hemos aprendido que desde lo público es desde donde se mueve el mundo. Después de haber hecho todas estas reflexiones he llegado a una conclusión, que por otra parte es bastante simple, bastante elemental, y es que a base de que queramos pasar

de un piso de 70 a un piso de 100, a una doble residencia, a otro de 200, a base de querer ampliar los bienes de los que disfrutamos privadamente, estamos impulsando unas determinadas actuaciones públicas, unas determinadas estrategias políticas, que repercuten en unas determinadas formas de expansión; por tanto, nuestra participación en la OTAN está perfectamente interrelacionada con el nivel de confort doméstico que estamos disfrutando, y por tanto tenemos que ser capaces de reconocer también en qué mundo nos estamos moviendo.

Si aplicamos este modelo de análisis para revisar nuestro pasado, incluso la historia más reciente, podemos ver claramente que, en el paso de tres o cuatro generaciones, y en la sociedad que está en el marco del Estado Español, sectores desposeídos a principios de siglo, en el proceso de recambio generacional, de dos a tres generaciones, se han ido incorporando a la posesión y al disfrute privado de bienes; y eso ha repercutido en las diferentes formas de actuación en la vida pública, y tiene que ver con las diferentes formas de interrelación a nivel de relaciones exteriores. Todo esto, en un mundo en el que las formas de expansión han cambiado decisivamente, y de una conquista de la tierra, digamos, a pie, a ras de tierra, se ha ido pasando, a lo largo del siglo XX, a lo que es la conquista de la tierra desde el espacio, que estos días hemos visto que está en pleno auge. Porque a las diferentes formas de expansión territorial, corresponderían determinadas transformaciones sociales internas y en esa dinámica tenemos que ser capaces de pensar el mundo en que vivimos, y reconocer que, en definitiva, formamos parte de esa tercera parte de la humanidad que disfruta de la sociedad del despilfarro a expensas de las dos terceras partes a las que saqueamos y marginamos en bolsas de miseria.

Por tanto, el pensamiento académico, esta racionalidad pública que se presenta como objetiva, no solamente es sexista, sino que es profundamente etnocéntrica. Yo creo que el sexismo delata que el pensamiento académico está anquilosado en el siglo XVIII; porque en el espacio público hoy no hay solamente esos varones que se están moviendo ahí, hoy somos mucha más gente, aunque ese pensamiento tan virilizado sea incapaz de reconocerlo. Porque no solamente excluye reconocer a las mujeres de su colectivo, sino que es profundamente etnocéntrico. Pero también algunos análisis feministas, que reducen el problema al sexismo, caen a menudo simplemente en invertir los

papeles e incurrir en un clasismo profundo y en el etnocentrismo. Se trata también de un discurso eminentemente adulto, que valora negativamente a las criaturas. Porque, en definitiva, negar al otro ser humano es, ante todo, un ejercicio de autonegación de nuestra propia dimensión humana: cuando se habla de etnocentrismo se tiende a tener una actitud de comprensión de los pueblos oprimidos, pero es imprescindible que en lugar de pensar en comprender al oprimido, nos demos cuenta de la falacia que hay detrás de esa frase. Cuando yo quiero comprender al oprimido estoy diciendo que yo no me creo oprimido, frase falaz, porque toda práctica antihumana, toda práctica de dominio de un ser humano sobre otro es, ante todo, un gesto antihumano de quien lo practica; por tanto, en lugar de pensar respecto a otros como oprimidos, hemos de reconocer la autoinmolación de esa dimensión humana, que nos hace vivir de tú a tú con los otros seres humanos.

Es, pues, a partir de reconocer dónde estamos y a qué estamos jugando y qué papel nos ha tocado representar aquí, como podríamos, quizás, empezar a socavar las raíces de esta sociedad.

Pregunta:

¿Es una falacia la inevitabilidad de la guerra y de la jerarquía?

Respuesta:

Que la sociedad es jerárquica, que las guerras son una constante y las desigualdades también, es una constatación. El planteamiento que hago es: el discurso de las ciencias sociales, el discurso lógico-científico, está presentando la jerarquía, las guerras constantes entre los seres humanos y las desigualdades como si fueran naturales. La versión más moderna sería la versión biosociológica, la versión que está legitimando en la propia genética humana la existencia de estos principios de dominio. Lo que no hemos hecho es adentrarnos en el análisis acerca del papel que ha jugado la cultura en la implantación de estos principios. El debate sobre si este funcionamiento es natural o cultural es una falacia; somos naturaleza culturizada, constato que realmente esto está omnipresente, pero creo que todo lo que se pueda atribuir a la historia, a una elaboración de los seres humanos a través del tiempo, es algo que, si los seres humanos lo hemos hecho, también podemos desmontarlo. Por tanto, partiendo de la base de que una cosa es lo que pasa y otra lo que explicamos, y que la

explicación puede condicionar mi acción, yo prefiero buscar explicaciones que me permitan actuaciones que cambien esto, y no que me encierren dentro de esa lógica.

Aceptar que la guerra, las jerarquías o la desigualdad son congénitas, me encierra en el destino fatal de esa lógica.

Entonces, primero, yo quiero transformar esa lógica; segundo (y esto tendría que ver con los modelos para cambiar el arquetipo), si fuera cierto que los seres humanos nos hemos estado matando sistemáticamente, lo sorprendente sería que todavía quede gente para explicarlo. El problema es que el discurso que justifica el dominio no introduce un ingrediente fundamental que es la capacidad de entendimiento entre los seres humanos. Cuando introducimos la capacidad de entendimiento entre los seres humanos podemos entender que, a pesar de haber habido tantas guerras, todavía quedemos personas para explicarlo y personas con ganas de entendernos.

Ahora bien, la jerarquía, las guerras, el modelo que se presenta como superior a otros y con derecho a mandar, son construcciones imaginarias para justificar el dominio y para orientar la acción para adecuarse a eso; construcciones imaginarias que han servido para construir el mundo y que se han traducido en la construcción de, por ejemplo, el escenario académico: este espacio es un escenario claramente androcéntrico, esto es el centro, estamos en alto, o sea, es una construcción que responde a ese modelo, ese modelo imaginario ha sido creado para construir arquitectónicamente el mundo, o sea, materialmente, esa construcción arquitectónica y objetual se inscribe en nuestro cuerpo, porque nuestros cuerpos están acostumbrados a pasar por aulas y por espacios, que se doblen a las sillas, y se mueven por los espacios como si hubiéramos encarnado eso; es un modelo imaginario pero se hace real en la medida en que lo plasmamos en objetos, lo plasmamos en una construcción arquitectónica y lo encarnamos en el cuerpo y, evidentemente, lo traducimos también en una organización institucional que es la que nos está diciendo cuál es el guión del cuento a representar, o la película a representar en este escenario, quién se sienta y dónde se sienta, qué gestos hace, qué papeles juega; o sea, digamos que hay aquí un escenario, una institución, un orden institucional que nos dicta qué gestos y qué palabras tenemos que hacer, unos cuerpos que llevan un proceso de aprendizaje y de adaptación a ese medio construido así. Pero en realidad todo esto, aunque

es real, es imaginario; o sea, todo es una construcción imaginaria, que sí que es verdad que está aquí, yo no la voy a negar, pero que, precisamente, porque somos seres humanos con capacidad de entendimiento, a pesar del escenario podemos entendernos.

No se trata, pues, de inventarse un modelo, sino de sacar a flote nuestra capacidad humana de entendimiento, o sea, lo que hay que hacer es dejarnos de creer ese modelo imaginario que está hecho para fraguarnos, para orientar nuestra capacidad de entendimiento en gestos y en palabras, y en ademanes y en actos jerarquizados; el modelo es el fantasma que nos hace actuar así, y, por suerte, en los ratos en que se nos olvida el fantasma, entonces nos entendemos. Ésta es la pista fundamental. A partir de esta pista empezamos a ver toda la construcción imaginaria del universo androcéntrico y descubres que es una falacia fenomenal. Se trata de una pista que la practicamos porque la gente, mejor o peor, y más o menos, nos vamos entendiendo. Lo que pasa es que hemos aprendido a no creérselo, hemos aprendido a no introducirlo como dato en nuestra explicación de la existencia humana.

Esta sería la respuesta a la primera parte de la pregunta, y, como puede comprenderse, la respuesta a la segunda tiene que ver con la primera, porque yo creo que la dominación no cambia porque la ejerzan seres humanos diferentes, es igual quien ejerza esa construcción imaginaria, como si la ejercen los animales, es igual; históricamente ha sido definida en unos términos: históricamente ha sido definida en términos masculinos, por ejemplo, en la *Política* de Aristóteles ese modelo definido como superior es un varón adulto griego, y los no griegos solamente tienen la inteligencia suficiente para poder obedecer a ese varón; eso es lo que el señor Aristóteles se cree para justificar su papel. ¿Por qué? Porque ha aprendido a creérselo y entonces inicia la genealogía de los Santos Padres que se autodefinen así. Pero, precisamente porque eso no es verdad, tiene que construir todo un aparato donde se afirma constantemente negando a varias bandas. Ahora bien, cuando negamos al otro, lo que estamos negando es esa capacidad nuestra de entendimiento; la pista fundamental para replicar es, pues, creernos esa capacidad, y no solamente creérsola, sino practicarla, porque la creencia está condicionada por la práctica; cuanto más la practicas, la pista se te hace más sólida y, evidentemente, más te alejas de la otra perspectiva.

Pregunta:

La herencia de los caracteres comportamentales, la agresividad, la dominación, la jerarquización, las guerras... ¿vienen marcadas biológicamente.

Respuesta:

Yo creo que una cosa que podemos hacer es, primero, distinguir que una cosa es lo que vivimos y otra cosa son las explicaciones que elaboramos para tratar de entender lo que vivimos. Vivimos, vivimos muchas cosas, y para explicar lo que vivimos, para explicar cómo vivimos, para entenderlo, para entenderlo de una determinada manera, siempre que elaboramos una explicación, lo que hacemos es seleccionar unos datos que consideramos significativos y discriminar otros que consideramos insignificantes. O sea, que siempre, entre lo que vivimos y la explicación, hay una distancia, entre lo que hemos discriminado como significativo y lo que hemos excluido. Yo creo que estamos jugando a explicar el mundo; parto de la base de que exactamente no sé cómo funciona, a mí lo que me interesa es que me funcione. Lo que sé es que la explicación que parte de la base de que la agresividad y la guerra son consustanciales, me lleva a justificar esas prácticas y me encierra en esa lógica. Se dice que, en la vida cotidiana, siempre se da la agresividad; yo personalmente creo que no, personalmente tengo la experiencia, y os invito a practicarla, porque creo que da resultado, de que, en la medida en que yo soy capaz de olvidarme de los esquemas y me reconozco con otra persona de tú a tú, yo me siento mejor, y todo el mundo nos sentimos mejor.

¡Absolutamente real!, ¡como la vida misma!... Lo que no se puede admitir es que utilicéis argumentos de descalificación, decir “utópico” es una manera de decir “esto no”. Yo digo que esto funciona, juro que funciona. Dejaros el ‘*arquetipo viril*’ colgado en un perchero, abandonad la creencia de que la jerarquía es ineludible y os aseguro que la cosa os funciona. Y si no, si sois tan científicos y tan racionales, os pido, por favor, que lo utilicéis como hipótesis, simplemente como hipótesis, a ver qué pasa; porque por lo menos, al utilizarlo como hipótesis, podéis descubrir hasta qué punto lo que teníais era una hipótesis o un dogma. Yo creo que el pensamiento científico no se basa en hipótesis, se basa en la dogmática del dominio, y esta dogmática, lo que no se quiere, es reconocerla; y eso emparenta al pensamiento racional con un sustrato de pensamiento mucho más profundo, que es de carácter mítico; porque la

jerarquía, en definitiva, fué definida en términos sagrados y el pensamiento racional encubre ese sustrato. Decís: “hay una herencia biológica”, vale. Pero vamos a estudiar la herencia cultural, vamos a estudiar la historia como una memoria, y yo os digo: no solamente la heredamos en los genes, yo reconozco que esa memoria está grabada en el entorno, esa memoria mi cuerpo la absorbe cuando me muevo en el entorno, se me mete en el cuerpo, o sea, yo reconozco la herencia. El análisis que hago, precisamente, es a partir de la base de ver la historia como transmisión de memoria; pero una memoria que también ha generado ruinas. Lo que pasa es que el pensamiento que tenemos es absolutamente opaco, no solamente legitima la dogmática del dominio, sino que, además, es opaco. Aristóteles decía: “la guerra es una forma natural y justa de someter a todos aquellos que, nacidos para ser mandados, se niegan a someterse”; luego vienen los traductores y dicen: “para someter a aquellos que, nacidos para obedecer, se niegan a someterse”; de “ser mandados” a “obedecer” hay un salto semántico definitivo. Yo creo que es desde la creencia de que el poder es natural, que solamente vemos la disyuntiva de “o mandas o eres mandado”, porque la lógica del discurso del poder, te hace creer que, cuando no mandas, eres mandado y, como decía Aristóteles, te dedicas a obedecer para un día ser capaz de mandar, para un día estar en la escala del mando. Lo que hay que hacer es salirse de esa lógica, dejar nuestros esquemas al lado, y ponernos a mirar a las personas de tú a tú, dejarnos ir de tú a tú, y meter esta hipótesis en nuestro laboratorio ¡y a ver que pasa!

Pregunta:

Hay autores que demuestran la agresividad y la jerarquía en los animales (incluida la especie humana).

Respuesta:

Yo creo que eso de que la agresividad y la jerarquía en los animales están demostradas es una lectura gratuita con la que hay que tener mucho cuidado porque, primero, es una manera de ver los animales para justificar una jerarquía humana que es absolutamente desmedida. Utilizar las posibles imágenes que se extraen de las relaciones de los animales y transportarlo a una sociedad humana que es capaz de desarrollar una industria fraticida de las dimensiones que tenemos nosotros, es extrapolarlo de una forma descomunal. Entre la posible agresividad de los

animales, que tenemos que releer con mucho cuidado, para no aplicar simplemente nuestros modelos y justificarnos, y la maquinaria brutal que hemos sido capaces de crear los seres humanos, hay un abismo que yo creo que es la historia la que lo tiene que explicar. Lo que pasa es que los historiadores se dedican a cantar la épica del poder y la épica de como, los que aún no tenían el poder, suben al poder, y van transmitiendo esa creencia, y que, precisamente, como hay mucha gente que cree lo que afirma esta pregunta, pues no nos acabamos de entender. Pero, a pesar de todo, nos entendemos un poquito.

Pregunta:

Las mujeres ¿sufrimos siempre un *apartheid* sistemático a lo largo de la historia?

Respuesta:

Voy a resumir una serie de ideas sobre el *apartheid* que tuvimos las mujeres en la historia. De entrada, parto de la base de que todo son explicaciones, e no me creo ninguna explicación..., me creo lo que vivo, lo que toco, esto sí, esto que había aprendido a no creerlo; como otras personas, yo también aprendí a no creer cosas que estaba viviendo, sobre todo, en el proceso de incorporarme a una vida profesional, a una vida política y a una vida pública. Ahí entraríamos en esta relación entre el mundo privado, que sería más un producto de los sentimientos, y el mundo público, que sería más el producto de la racionalidad pública. Volviendo a la pregunta, porque tiene que ver con todo esto: una de las preguntas que me hice un día fué que a mí esto de que las mujeres siempre estuvimos sometidas y discriminadas y todo esto, no me acababa de cuadrar, porque yo no creo que mis antepasadas fuesen más sumisas ni más estúpidas que yo; y si en este momento las mujeres ni somos sumisas ni nos doblegamos tan fácilmente, yo no tenía por qué hacer hipótesis. Es decir, descubrí que en esa frase se esconde una autoafirmación de un determinado modelo de mujer, que se afirma negando todo aquello que no le cuadra; estaba construyendo una explicación similar a la que estaba criticando. Parto da base, pues, de que los seres humanos somos gente muy diversa, que nos movemos dentro de nuestras tendencias y aspiraciones y en el marco cultural en el que vivimos jugando con esas reglas e, al mismo tiempo, trampeándolas, transformándolas, haciendo que, a pesar de las reglas, podamos entendernos, porque el montaje es muy fuerte, pero a pesar de todo podemos entendernos. En ese

conjunto de cosas, lo que tendríamos que situar es cómo conocemos el mundo, cómo nos comunicamos. Partiría de la base de que la vida es comunicación, que es un término unitario que me permite redefinir las diferentes aportaciones de las ciencias sociales: la vida es comunicación, y podemos entenderla como transmisión de comunicación, como circulación de comunicación, y esa comunicación genera conocimiento. Ahí tenemos que situar cómo conocemos, o sea, qué gafas aprendimos a ponernos en qué circunstancias, porque tiene que ver con cómo funciona ese mundo... Una de las experiencias más intensas y, en algún momento, también tremendamente esquizofrénica, pero muy fructífera, fué hacer estas lecturas de los textos académicos e ir descubriendo lo que se afirma y se niega; a base de leer muy detenidamente muchos textos empecé a ver que bajo la supuesta linealidad del texto racional, lo que se estaba ocultando era un lenguaje simbólico de carácter mítico-religioso, un lenguaje donde había un juego de afirmaciones que niegan. Al leer la *Política* de Aristóteles la cosa me quedó clarísima, porque Aristóteles construye constantemente su discurso negando para poder afirmar. Al leer los textos que explican hoy esos textos, lo que se hizo fué un proceso, digamos, de economía, se prescinde de las negaciones, se cogen las afirmaciones, y las afirmaciones se generalizan, con lo cual ese ser destinado a ser mandado, que construía Aristóteles para poderse afirmar con el derecho a mandar, desaparece, y el discurso solamente funciona a través de construir la racionalidad del mando. Esa es la racionalidad pública.

En ese sentido, yo discreparía de la racionalidad comunicativa, o sea, creo que es una palabra con la que hay que tener mucho cuidado e, además, cuando hablo de racionalidad comunicativa, hablo de racionalidad carnal comunicativa, porque creo que funciona a través de la piel y a través de transmisión de comunicación directa; porque cuando entras en ese substrato, en ese juego de afirmaciones que niegan, en ese substrato mítico de la racionalidad, de repente entras en el inconsciente de la racionalidad, en tu propio inconsciente, en la memoria inconsciente, en la sacralidad de la jerarquía; estás entrando, digamos, en el terreno del pánico profundo. O sea, a partir de este proceso y de esta experiencia, parto de la base de que el orden jerárquico es un orden antihumano, por definición, porque justifica que unos seres humanos vivan a expensas de otros; frente a la capacidad de entendimiento se elabora una construcción simbólica, en la que, en

lugar de decir que deberíamos entendernos, decimos no entendernos, pero eso lo revelamos en positivo y le llamamos mando, poder. ¿Qué es lo que pasa? Que nuestra aspiración a entendernos, aspiración de relación directa, de relación carnal, resulta tamizada en términos mítico-religiosos, en el sentido de “lo que no debe de ser porque nos conduce al caos”; lo que no nos permite el entendimiento pero sí esa jerarquía, nuestra capacidad de entendimiento que reorientamos hacia la jerarquía, eso es lo que aprendemos que debe ser en el pensamiento mítico-religioso. En el pensamiento racional se elimina lo negativo y se racionaliza lo que debe ser, ocultando lo que no debe ser. Es como aquel eslogan que decía: “Las niñas buenas van al cielo, y... las malas a todas partes”. Cuando tú te has dedicado a racionalizar el cielo, no tienes pistas para ir a todas partes, porque lo único que tienes es el pánico a no entrar en el cielo.

En este sentido te sobrepasa el espacio privado, una cosa son las relaciones interpersonales y otra cosa son las relaciones interpersonales tamizadas por ese sistema, lo que quiere decir: moderadas de acuerdo con un sistema de privatización, posesión y jerarquía que vivimos en el espacio privado, que es donde se fragua nuestra sentimentalidad privada. Por eso el espacio privado puede ser tremendamente ambiguo y duro, porque se tiende a idealizar el espacio privado como reducto de la no-guerra pública, pero eso no es totalmente cierto, en la medida en que ese espacio es privado, posesivo y jerárquico. Quiere decir que lo que se está haciendo es filtrando las relaciones del sentimiento por los pánicos sagrados de la jerarquización, de la distancia, y que una vez aprendido eso, entonces es cuando tú aprendes a racionalizar todo lo que debe ser; en el espacio privado, a través del pensamiento mítico-religioso, aprendes que lo que te gusta no debe ser, y lo que no te gusta debe ser; después, aprendes a racionalizar lo que debe ser. Y ¿en qué consiste racionalizar? Simplemente en decir dónde, cuándo, cómo, por qué y para qué debe ser lo que definimos que debe ser. Por eso cuando pasamos de estudiante a profesor en el aula, cuando tú llegas a la tarima, te sale sobre todo el pánico que tú tragaste en todos los exámenes de tu vida, y entonces te sale la jerarquía, y entonces, tú haces el papel, pero el profesor hace un papel absolutamente atemorizado ante su propio papel: ése es el inconsciente; lo que pasa es que entonces se racionaliza y dices: “Yo, aquí y ahora, debo comportarme así”, ¿por qué y para qué?... para hacer el bien a las próximas generaciones. La escuela inicialmente servía para cohesionar los

ejércitos y luego sirvió para cohesionar los ciudadanos, los políticos, un discurso definido en términos viriles. Pero, precisamente porque es imaginario, cuando las mujeres nos metemos a estudiar, lo aprendemos, lo creemos y, encima, creemos que es que las mujeres estuvieron sometidas, y lo que pasa es que nos lo tragamos. Pero, junto a ese modelo masculino, viril, de la racionalidad, hay un modelo femenino profundísimo que tendríamos que revisar, que sería el modelo de la Virgen, ese modelo de represión de la concupiscencia que los curas no podían dominar, pero que se implantó a base de madres que lo creyeron, porque querían ser

'esposas' y porque querían jugar ese papel. Ése es el modelo que se ha transmitido a las mujeres en los colegios de monjas y que también hay que abordar.

Bibliografía

Moreno A. *El arquetipo viril protagonista de la historia. Ejercicios de lectura no androcéntrica.* Barcelona: La Sal; 1986.

Moreno A. *Pensar la historia a ras de piel.* Barcelona: La Tempestad; 1991.

